

AGENDA CIUDADANA

MEXICO Y SUS EVOLUCIONES

Lorenzo Meyer

Indicadores.- José María Luis Mora, publicó en 1836 una gran interpretación del proceso político de nuestro país: **México y sus revoluciones.** De haber emprendido hoy la misma tarea, quizá hubiera cambiado el título por uno menos ambicioso: “México y sus evoluciones”, pues hemos cambiado pero mucho menos de lo sugiere el término revolución.

Los indicadores para caracterizar la naturaleza de un gobierno o de un régimen, pueden ser muy variados, y van desde las cifras del presupuesto hasta otros de índole cualitativa que también sacan a la superficie el espíritu que anima a una estructura de poder. Las biografías de quienes ocupan o salen de los puestos de responsabilidad o su discurso, suelen revelar la naturaleza profunda de la estructura del poder político.

Despedir a la subsecretaria encargada del tema de la protección de los derechos humanos, Mariclaire Acosta, y desaparecer toda su área, justamente cuando México está en la mira de organizaciones tan influyentes en la opinión mundial como Amnistía Internacional, que acaba de publicar un estudio crítico sobre los asesinatos impunes de mujeres en Ciudad Juárez, indica falta de sensibilidad política sino es que un cambio negativo en un área sustantiva. Esta decisión del gobierno mexicano contrasta con la del argentino, donde su nuevo presidente, Néstor Kirchner, ha logrado generar legitimidad y confianza en su gobierno precisamente por lo radical de sus acciones en contra de la impunidad histórica de los mayores violadores de los derechos humanos. En México pudo haber ocurrido algo similar, pero han faltado por igual voluntad e imaginación.

Uno de los problemas acuciantes de México, quizá el más urgido hoy de atención, es la incapacidad que desde hace veinte años tiene el sistema económico para generar un crecimiento sostenido y significativo. Hoy no se están creando ni la cuarta parte de los

empleos que la demografía del país exige para encausar de manera constructiva las energías sociales. Un resultado de la serie de decisiones tomadas a partir de 1982 – cuando fracasó el modelo económico montado a partir de la II Guerra Mundial--, es haberle asignado el carácter de motor casi único de nuestra economía al sector externo, o más exactamente, al mercado norteamericano, que absorbe el 91% de nuestras exportaciones. Cuando ese motor iba bien no necesariamente ocurría lo mismo en México, pero hoy que Estados Unidos ha perdido dinamismo, nuestra economía es una nave a la deriva. Cuando el mercado interno se sacrificó en aras del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN), no se pensó en un “plan B” para el caso que la relación comercial con Estados Unidos no cumpliera con el papel que se le asignó, y hoy ese fallo se está dejando sentir con fuerza.

Un “Plan B” muy Peculiar.- El posible “plan B” de México hoy debería ser la reactivación de su mercado interno, incluso si se sacrifica parcialmente la estabilidad macroeconómica, pues el tejido social corre el peligro de desgarrarse más de lo que ya está. Sin embargo, en vez de eso hay una serie de declaraciones que sólo muestran la insensibilidad e incapacidad del equipo gobernante. La semana pasada, y ante la creciente realidad del desempleo, el Secretario de Economía simplemente sugirió a los afectados hacer de la necesidad una virtud, y paladinamente declaró que si alguien, tras años de trabajar en una empresa sus servicios ya no eran requeridos, debía renunciar sin chistar y hacer de su nueva situación no una tragedia sino una oportunidad: ¡la oportunidad de usar su imaginación y construirse un autoempleo a pesar del estancamiento de la economía; La “solución” del secretario no es otra cosa que el sueño de cualquier empleador: contratar cuando se requiere y despedir sin problemas cuando ya no se necesita, pero no la propuesta de un líder responsable de la economía, que siempre debe de colocarse con seriedad y respeto en los zapatos del factor más débil de

la cadena productiva. Además, ni política ni moralmente es apropiado que un miembro del gabinete recomiende el autoempleo cuando la alta burocracia disfruta no sólo de un empleo formal sino mejor remunerado que el de sus iguales en Estados Unidos, Europa o América Latina (véase el resumen de un estudio al respecto de Laura Carrillo y Juan Pablo Guerrero, aparecido en Milenio Diario, 15 de agosto).

Un indicador de la gravedad del desempleo actual nos lo acaba de dar la mejor fuente oficial de datos: el INEGI. Según ese instituto, del total de desempleados abiertos, el 41% tienen bachillerato y licenciatura. Queda claro que incluso los mejor preparados, aquellos en los que el país hizo la mayor inversión, no encuentran lugar donde puedan echar a andar su creatividad (La Jornada, 18 de agosto) ¿Cómo es que hemos llegado a donde estamos? ¿No se suponía que el pacto entre la sociedad y el gobierno implicaba una solución diferente y mejor que la llamada “changarrización”?

¿Para que Sirve el Gobierno? Si la pregunta anterior se hace desde los espacios ocupados por quienes ejercen el poder, las respuestas no serán las mismas que cuando la pregunta se formula desde el espacio y perspectiva de los gobernados. En general y objetivamente, quienes ejercen el poder tienen como meta inmediata asegurar su propia posición e intereses, luego los de su círculo inmediato y, finalmente, dar forma a un arreglo político, económico y social que genere apoyo al gobierno y el régimen.

Desde la óptica de la sociedad civil, la utilidad del gobierno dependerá de factores como la clase social, la ocupación, la ideología, la experiencia y otras características y elementos muy personales. Pero sea cual fuere la condición y la posición desde las que se observe y juzgue la estructura de poder político, hay elementos de juicio que son comunes a la mayoría. Por un lado, está la capacidad para hacer efectivo el orden legal, los deberes y derechos consagrados como legítimos en los documentos fundamentales. Por otro, la capacidad y voluntad de quienes gobiernan para crear, mantener o mejorar

las condiciones materiales en que se desenvuelven los diferentes grupos, estratos y clases de una sociedad. En ambas dimensiones, el gobierno actual está en falta.

Desde una perspectiva histórica, en México la utilidad del gobierno siempre ha dejado mucho que desear, aunque más en ciertas épocas y menos en otras. En cualquier caso, para juzgar y evaluar la utilidad de la estructura de autoridad que tenemos, conviene hacerlo desde una perspectiva comparada y de largo plazo.

Un Punto de Partida. Volvamos a Mora y al libro citado inicialmente, México y sus revoluciones. Al defender el “carácter moral” de los mexicanos de sus detractores externos, Mora sostuvo que los defectos que se les atribuían —el ser apáticos, enemigos del trabajo, disipados, etcétera— no eran del todo falsos pero tampoco eran intrínsecos, sino resultado del tipo de régimen político al que habían sido sometidos por siglos los mexicanos: un régimen caracterizado por un doble despotismo, el civil y el religioso. Para el ideólogo liberal, el gobierno colonial había sido negativo. Y la prueba estaba en que, a partir de la independencia, ese “carácter moral” de los mexicanos había mejorado sensiblemente debido a un hecho fundamental y de índole política: se había recuperado la dignidad de hombres “que antes se hallaban despojados”. Y esa recuperación se explicaba por el logro de la libertad política, “principio fecundo de virtudes sociales” (Obras completas, México, Vol. IV, SEP 1987, pp.66-70).

Mora, al ligar las características dominantes en una sociedad a las instituciones del poder, no hacía otra cosa que echar mano de una explicación tan antigua, cuando menos, como los clásicos griegos. En efecto, Platón o Aristóteles, por citar a los más importantes, atribuyeron a la naturaleza de la autoridad política, la capacidad de propiciar o impedir la creación de las condiciones indispensables para que tanto los individuos como el conjunto de la sociedad, tuviesen la posibilidad de lograr formas de vida virtuosas. Desde entonces se tenía conciencia de que sólo hasta cierto punto el

individuo podía ser el arquitecto de su propio destino, pues en el entorno económico, social, jurídico o cultural, operan elementos muy poderosos que favorecían u obstaculizaban al individuo y a la colectividad en su afán de controlar y dar forma a su propio destino. Ya entonces era claro que las decisiones que toman o dejan de tomar los gobiernos, eran un elemento decisivo en la conformación de un entorno propicio o desfavorable al desarrollo de las posibilidades individuales.

Las Evoluciones.- Para Mora, como para los liberales de su generación y de las siguientes, la tarea fundamental del poder era destruir esos aspectos de las corporaciones coloniales —la iglesia, las comunidades indígenas, el ejército, los monopolios, etcétera— que daban ventajas injustas a una minoría. Desde esta perspectiva, el buen gobierno, que desde luego tenía que ser uno guiado por la ideología liberal, iba a servir para romper privilegios y permitir que la libertad de opciones en el mercado, sacaran a flote las capacidades mejores de cada quien, con lo que el resultado agregado sería la prosperidad de la colectividad nacional.

La gran revolución que imaginaron los ideólogos liberales mexicanos al inicio del siglo XIX se convirtió, tras enormes espasmos de violencia y sacrificios colectivos, en un orden político y en un avance económico que sacrificó una buena parte de la libertad y bienestar de los más en beneficio de los menos. A ese orden que se quedó corto en el cumplimiento de sus promesas de libertad, le siguió otro gran espasmo de violencia y desorden: la Revolución Mexicana. Ese segundo movimiento prometió combinar la libertad política ofrecida desde el siglo anterior, con un sistema de gobierno donde el Estado asumía la responsabilidad de crear y mantener mediante una activa intervención legal, económica y política, las condiciones para que, de nuevo, las potencialidades de los mexicanos, en particular de los grupos mayoritarios, pudieran hacerse efectivas. Sin embargo, como en el pasado, la promesa se distorsionó y pervirtió al punto que una

nueva minoría –burocrática y empresarial pero ligada al Estado-- terminó por acaparar las oportunidades a costa de los intereses de la mayoría.

Al final del siglo pasado, el neoliberalismo emergió en México por una doble vía: como inevitable reflejo de los procesos externos –en particular del norteamericano-- y como una respuesta desde el interior del régimen posrevolucionario a su propio y estrepitoso fracaso económico, social, jurídico y moral. Otra vez se propuso como la gran tarea del gobierno, la que Mora había delineado al inicio del siglo XIX: ser el ariete que destruyera intereses corporativos corruptos –sindicales, agrarios, y monopolios estatales o de empresarios ineficientes y abusivos-- que limitaban las fuerzas creadoras del conjunto de los mexicanos. También de nuevo se dijo que el gobierno debería servir para que el mercado alentara a los creativos y que arriesgaran y castigara a los ineficientes, pusilánimes y carentes de iniciativa. Y ese neoliberalismo tomó tal fuerza que terminó por salirse de las manos que le dieron vida –las del PRI y de Carlos Salinas— y alentó a que el poder lo tomara una oposición que se comprometió a llevar el nuevo proyecto hasta sus últimas consecuencias pero dentro de un esquema de honestidad, legalidad y libertad.

Pero hasta hoy la última promesa no se ha cumplido en lo fundamental y México está viviendo, en lo económico, la teoría y práctica del “changarro”. Y en lo jurídico, domina el compromiso con el pasado al punto que se sigue sin llamar a cuentas a los grandes responsables de los abusos del autoritarismo. Sí, México evoluciona pero no se revoluciona. Aún está en el futuro el momento en que superemos las principales deficiencias de nuestro pasado.

PD: Por motivo de vacaciones esta columna no aparecerá en dos semanas.